

## ■ FIESTA DE SAN VICENTE FERRER

## “¿Qué diría hoy S. Vicente? ¿Qué nos diría?”

Bona gent:

Cuando se me encomendó el sermón de este día y viendo la situación que estamos viviendo entorno a la pandemia, la pregunta que me hacía era evidente: ¿Vicente Ferrer vivió en su vida una epidemia parecida? ¿Tuvo que predicar en un tiempo de crisis como el que estamos viviendo? Por otro lado, ¿qué diría hoy San Vicente? ¿Que nos diría a nosotros aquí y ahora?

Este sermón tiene dos partes: la primera, en la que voy a dar voz al mismo San Vicente; la segunda, más corta, como final y recordando especialmente la situación de pandemia que estamos pasando.

Ahora San Vicente se pone en mi lugar. Es él quien habla.

Nací en 1350. En todo el siglo XIV Europa sufrió epidemias cíclicas de peste. Precisamente el año que vine al mundo se estaba acabando una de estas epidemias, la que se denominó la peste negra, que llevará hasta el 1.353. Yo era demasiado pequeño, no soy consciente de ella.

Ya de mayor sí que conocí algunas epidemias. En aquel tiempo estos hechos se atribuían a la cólera divina, como consecuencia de los pecados de la humanidad. Algún sermón hice sobre este tema.

En junio de 1415 prediqué en Graus, una población de la provincia de Huesca que tenía 500 habitantes. En la época se vivía una crisis económica general muy grave y, en particular, la villa de Graus. Me explicaron que estaban pasándolo muy mal debido a gastos que costó la construcción de la muralla que rodeaba la ciudad. Los grausinos estaban desanimados. En los sermones que hice a la villa, intentaba levantar el ánimo de la gente. Les hablé del camino de la salvación, de la presencia de Jesucristo resucitado.

Agradecido por la acogida de la población y al ver el espíritu de conversión que había suscitado, les regalé un Cristo que siempre llevaba en mis predicaciones, una imagen que estimaba mucho. El pueblo de Graus todavía la conserva. Es el mismo Cristo que les di, al que tienen mucha devoción.

Recuerdo que, cuando se lo daba les dije:

“Por la virtud de esta cruz que aquí dejo nunca entrará la peste en la población, las granizadas pasarán de largo y en las sequías no faltará agua”

Este Cristo ha venido a Valencia en las celebraciones más solemnes que organizáis en mi honor. La última vez el año pasado en la procesión extraordinaria que hubo con motivo de los 600 años de mi muerte. Sabía lo que significaba la peste y el miedo que le tenía la gente a esta epidemia. Por eso los dije que Cristo haría que nunca entrara en ella.

Dos años más tarde, en 1417, predicando por la Borgoña francesa, me acerqué a la abadía de Clairveaux, donde los monjes cistercienses estaban afectados por la peste. Asperjé con agua bendita las dependencias del monasterio y la peste acabó de repente y los enfermos sanaron.

Morí en Vannes, en la Bretaña francesa, y allá me enteraron. Está feo que lo diga yo, pero la devoción que me tenían era tanta, que la gente pedía ya mi canonización; pero la situación de la Iglesia en este momento no era propicia. Además era conveniente dejar pasar unos años para ver si el entusiasmo de la gente había mi, se mantenía.

En unos años disminuyeron las peregrinaciones a mi tumba y se heló el fervor. Pero, a causa de la peste, volvieron a organizarse procesiones pidiéndome el fin de la enfermedad mortífera. La peste desapareció en las parroquias que organizaban las procesiones. Esta epidemia de peste



Ermita de San Vicente Ferrer, en Agullent, y ‘llàntia’ o lámpara de aceite del milagro que tuvo lugar en el año 1600 durante un brote de peste que asoló la comarca.



se inició en 1450, año del jubileo de mi muerte.

Hay también datos de una peste que asoló España en 1500 y, sobre todo la ciudad de Xàtiva. Dice algún cronista que los valencianos me vieron a mí sobre la puerta de la ciudad de Valencia por donde se salía camino de Xàtiva; afirman que yo llevaba una espada en la mano, como si estuviera conjurando la epidemia.

En Agullent, pueblo de la comarca de la Vall d’Albaida, ocurrió un hecho milagroso.

Antes de narrarlo, os diré que visité esta población en 1410. Como siempre, cuando predicaba en una villa o ciudad, dejaba una impronta difícil de borrar. Está feo que lo

**“Sí, conocí epidemias. He visto cómo muere la gente. E hice aquello que Jesucristo hizo y nos dijo que hiciéramos: anunciar la Buena Nueva de la salvación con palabras y obras**

diga yo, pero era así. ¡Lo dicen las crónicas!

En memoria de mi visita se reconstruyó una primitiva ermita que me dedicaron años después, cuando fui canonizado. Esta ermita fue el escenario de Milagro de la Peste o de la lámpara, en el año 1.600, que ahora os narraré:

En el mes de agosto de este año se declaró la peste en Agullent. Los habitantes huyeron a la montaña, buscando cuevas para vivir lejos de la plaga. La ermita estaba cuidada por el ermitaño y su mujer. En la lámpara del Santísimo se acabó el aceite y se apagó. El ermitaño no podía salir a comprar aceite y nadie se lo podía traer (ya sabemos cómo es esto del confinamiento). En la noche del 3 de septiembre el ermitaño pudo ver luz en la lámpara, con un resplandor que lucía más que nunca. En la claridad de esa luz vio una persona arrodillada que vestía el hábito de los dominicos, y a los pies de Cristo rogaba con devoción.

El ermitaño corrió a avisar a su mujer. Cuando bajaron a la capilla ven las puertas cerradas y el dominico había desaparecido. Tocó la campana con fuerza y

acudieron las autoridades del pueblo a ver qué había pasado, temiendo lo peor: un incendio, una desgracia... El ermitaño les refiere lo que ha visto y comprueban que la lámpara está derramando aceite y no se acaba nunca. Los agullentinos corrieron a coger aceite y con él ungieron a los enfermos de la peste, que fueron curados.

En ese tiempo yo estaba en el cielo, pero tenía que ayudar a la gente de alguna manera. El pueblo de Agullent recuerda todavía el milagro en la noche que se llama de les fogueretes, en la que la gente sube a la ermita y se unta con óleo de la lámpara. Los gozos que me cantan dicen:

La salud por atalaya  
en la colina se posó;  
Guardadnos glorioso Vicente,  
de la peste y otros males.

En 1854 la ciudad de Valencia, estuvo atacada también por una epidemia de peste. En la casa donde nací, a la que llamáis Pocito de San Vicente, hay una inscripción en los azulejos de la entrada, que recuerda como el agua del pozo de mi casa curaba a aquellos que la bebían. Desde entonces continúa la costumbre de acercarse a beber de esa agua, aunque hoy es agua potable de la ciudad. Pero la fe es la que mueve los corazones de la gente.

No quiero cansaros más con fechas y milagros. Además tengo que deciros que en realidad no era yo: Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, es quien, a través de mí, ha hecho esas obras en bien de la humanidad.

La pregunta del principio está contestada: Sí, conocí epidemias. He visto cómo muere la gente, como caen enfermas personas de todas las edades, ricos y pobres, y de cualquier nación. E hice aquello que Jesucristo hizo en su vida pública y que nos dijo que hiciéramos: anunciar la Buena Nueva de la salvación con palabras y obras; estar

junto a la gente, tener compasión de los que sufren; imponer las manos a los enfermos para curarlos.

Y ¿qué puedo deciros hoy?

Algunos dicen de mí que soy el Ángel del Apocalipsis. Sí, ese ángel que habéis escuchado en la primera lectura, que decía: “Temed a Dios y dadle gloria”. Dicen que en mis sermones predicaba sobre todo del juicio final, del anticristo y del fin del mundo. Es cierto. Pero tengo que decir que no hablaba de estos temas tanto como algunos dicen.

Sabía con certeza que el fin del mundo estaba cerca, sí. Y en alguna ocasión dije de mí mismo que era el ángel que lo anunciaba.

Estaba convencido que Dios me había escogido por esta misión. Sabéis que me tocó vivir una época difícil: el cisma de la Iglesia, las guerras, las epidemias de peste, la falta de predicación, herejías, costumbres depravadas... todo me hacía ver que estábamos al final de una época en la historia, que es como si dijéramos el fin del mundo. No era yo solo el que pensaba así. La gente tenía el presentimiento de que podía pasar una catástrofe de un momento a otro. Había representaciones teatrales del juicio final, libros sobre el tema, incluso pinturas, como la de nuestro paisano José Benlliure, que me pintó precisamente predicando lo el juicio final en un cuadro inmenso que se conserva en el Colegio de las Escuelas Pías de la calle Carniceros, aquí en Valencia.

Pero el principal tema de mis sermones no era el juicio final, ni el anticristo ni el fin del mundo. En la predicación hablaba sobre todo de moral, de comportamientos, de cómo tiene que vivir el cristiano.

Cuando preparaba un sermón tenía ante mí la Biblia y una imagen de Jesús crucificado. No solo era pensar lo que iba a decir; se trataba de hacer oración y de pensar en la gente que me iba a escuchar. Porque mi intención al predicar era provocar la conversión. Al fin y al cabo era el que hacía Jesús en su vida pública. Yo quería que las personas se dieran cuenta de que su vida no seguía del todo los valores del Evangelio. Ahora, con ocasión de esta pandemia, el mundo está viviendo también una época histórica. No solo por la enfermedad que os destruye, también por la falta de valores, por el relativismo que está de moda, en una palabra: porque esta sociedad está desplazando a Dios, no lo tiene en cuenta. Muchos actúan como si no existiera.

Decís que esta pandemia y la experiencia de estar tanto tiempo encerrados en casa, cambiará la manera de vivir, de pensar, de actuar y relacionaros. También la manera como hasta ahora habéis vivido vuestra fe. Quizás, pero si no hay una verdadera conversión del corazón, si no os volvéis de cara a Dios, si no dejáis lugar a Dios en vuestra vida, pasará el tiempo y se olvidará todo.

¿Qué puedo deciros ahora? Mirad, os repito las palabras que dije en un sermón: “Buena gente, el mejor remedio que tenemos: que volvamos a Dios. Y ¿como? En primer lugar, confirmando nuestro corazón en la fe, y después, perseverar en una vida santa”

¿Y que más puedo deciros ahora? Os digo: ¡no tengáis miedo!

Algunos dirán ¿tú nos dices que no tengamos miedo? ¿Si tú eras el que decías: ‘Temed a Dios, y dadle gloria’?

Sí. Es cierto que en muchas imágenes y pinturas que me representan hay esta frase que yo repetía en los sermones, la que habéis escuchado en la primera lectura. Algunos interpretan que lo que quería es que tuvierais miedo de Dios. Nada de esto. Una cosa es el temor de Dios y otra tenerle miedo a Dios.

El temor de Dios es un don del Espíritu Santo ¿como puede ser una cosa mala si es un regalo del Señor?

Os lo repito: ¡No tengáis miedo! Jesús lo repite muchas veces en el Evangelio: ¡No tengáis miedo! El miedo viene cuando alguien confía únicamente en sus fuerzas; cuando no controla la situación; cuando se siente inseguro.

Ahora os viene el miedo porque no sabéis cuando aca-



Detalle del lienzo de Gonzalo Martí que representa a san Vicente entregando su crucifijo a Graus. Iglesia de San Miguel, en Graus.

**“Tanto tiempo encerrados en casa cambiará quizás también la manera como hasta ahora habéis vivido vuestra fe. Pero si no dejáis lugar a Dios en vuestra vida, pasará el tiempo y se olvidará todo”**

bará el estar cerrados en casa; os viene el miedo cuando pensáis que os podéis infectar y caer enfermos; os viene el miedo porque las cosas que tenéis pensadas para ahora o para dentro de unos meses, quizás no se puedan hacer...

Ahora se pone a prueba la fe, ahora es cuando os podéis dar cuenta de las cosas que son realmente importantes y de las que no lo son tanto.

Es la hora de la fe y la confianza en Dios, no del miedo y del pánico ante la epidemia.

Por si os ayuda en estos momentos que estáis viviendo, voy a deciros lo que escribí en mi “Tratado de vida espiritual”:

“Debes de considerar todas las cosas de esta vida de cuatro maneras:

La primera, mirándolas cómo si fueras un peregrino, es decir, no mostrando interés por ellas.

La segunda es que, al tener que hacer uso de las cosas temporales, huyas de la abundancia, de acumular, de acumular.

La tercera, que experimentes la falta de algo que tenías, que te parece imprescindible, y ahora no tienes.

La cuarta, apartate del boato de los ricos y poderosos; pero no para despreciarlos, sino para disfrutar de la compañía de los pobres y abandonados del mundo, que son imagen de Nuestro Señor Jesucristo”.

Es en este momento cuando os tengo que recordar lo que también dice Jesucristo en el Evangelio: “Por eso os digo: no estéis angustiados por vuestra vida pensando qué comeréis o que beberéis, ni por vuestro cuerpo, como os vestiréis. ¿No vale más la vida que la comida y el cuerpo más que el vestido?...Pero vuestro Padre del cielo sabe bastante bien que tenéis necesidad de todas estas cosas. Buscad primero el Reino de Dios y hacer el que él quiere, y todas las otras cosas Él os las dará de sobra. No os preocupéis por el mañana, que el mañana ya se ocupará de sí mismo. Basta con los afanes de cada día” (Mt 6, 25. 32-34).

Deseo que estas palabras de San Vicente ayuden en los momentos difíciles que estamos pasando. Vicent Fe-

rrer sabe qué es el sufrimiento. Jesucristo sabe qué es el sufrimiento. Pero ha resucitado. Dios tiene poder sobre la muerte.

Quiero acabar dedicando unas palabras a los altares, las cofradías y las asociaciones valencinas. No os desaniméis. Este año no habéis podido representar los milagros, después de unos meses ensayando. Los niños se habrán quedado tristes. No podemos hacer la ofrenda a San Vicente. No podemos hacer la procesión. No se desaniméis. El esfuerzo que habéis hecho ahí está. Y el año que viene, si Dios quiere, más y mejor.

Quisiera añadir unas palabras del libro del Eclesiástico. Aunque está escrito en el siglo II a. C. -y se nota en su lenguaje- el mensaje es actual. Habla de los médicos y los farmacéuticos, pero quiero incluir en ellas a todas las personas que están dando la vida para acabar con esta pandemia y por todos aquellos que se ocupan de las personas necesitadas.

“Es el Señor quien ha dado la ciencia a los hombres, porque lo glorifican por sus maravillas: Con las plantas el médico cura y elimina el dolor, y con ellas el farmacéutico prepara los remedios. Y así las obras de Dios no conocen el final, y en toda la tierra, de él viene la salud. Hijo mío, si estás enfermo, no te desanimas; ruega al Señor y él te curará. Y después deja hacer al médico, que también a él lo ha creado el Señor, y que no se aparte de tu lado, porque ahora lo necesitas.

Hay momentos en que tu curación está en sus manos: también él ruega al Señor que le conceda aliviar el sufrimiento y dar la sanación para curar tu vida”. (Eclo 38, 6-9 12-14)

Pido a San Vicente, que interceda ante el Padre y acabe con esta enfermedad. Lo hago con estos versos:

¡San Vicente, San Vicente!,  
hoy el pueblo te aclama.  
No apartes de nosotros tu mirada.  
Y pídele al Padre del cielo que aparte del mundo esta plaga.  
Que cure a los enfermos y acoja a los difuntos en su gloria.  
A los que arriesgan su vida para cuidarnos,  
que les de fuerza, salud y esperanza.  
Que no dejemos de creer nunca que de Dios es la victoria. Amén.